

Reseña

Rosamel del Valle. *Tal vez como en todas partes: Nueva York en crónicas, postales y nostalgia*, editado por Macarena Urzúa. La Pollera Ediciones, 2022. 264 pp.

La selección y edición de esta nueva entrega de las crónicas del poeta chileno Rosamel del Valle por Nueva York, a cargo de la académica Macarena Urzúa, nos propone una síntesis de nostalgia y asombro en 16 años de viaje, experiencias y conocimiento por Norteamérica. Publicadas por el diario *La Nación* (1946-1960), estas crónicas van urdiendo la figura del escritor y viajero en una imagen. El poeta recorre lugares que primero conoció como texto, como lector, y vemos de qué manera la lectura se transforma en asombro y luego experiencia. Este tránsito va de la mano con referencias a otras y otros latinoamericanos (Rubén Darío, José Martí o Gabriela Mistral) que lo antecedieron y que hicieron sus propios textos y juicios sobre la ciudad. Macarena Urzúa habla de una “peregrinación literaria” (10), es decir, un recorrido literario a partir de las lecturas de Edgar Allan Poe o Walt Whitman, pero también desde su rol como espectador de cine, música y diversos espectáculos de consumo de masa.

La edición tiene por base la publicación *Crónicas de Nueva York* realizada por Pedro Pablo Zegers (RIL-DIBAM, 2002), de la cual se extraen las crónicas escritas desde y sobre la ciudad, añadiendo aquellas inéditas publicadas tanto en *La Nación* como en *Crónica* de Concepción. En este trabajo, en conjunto con La Pollera Ediciones, Urzúa excluye las publicaciones realizadas por el autor entre los años veinte y treinta, además de las referidas a viajes a Europa, presentes en la edición de Zegers. De la mano de notas para ayudar a contextualizar a nuevos lectores de Del Valle, esta nueva versión de las crónicas propone un orden temático que va desde “Postales coloridas: Recorridos de la ciudad de Nueva York”, lo que hay “Mas allá del Central Park: Brooklyn, Harlem y alrededores”, “Lo raro: El diario de Nueva York”, hasta “Goodbye, New York”.

Una primera aproximación de lectura es el encuentro con la modernidad. El poeta habla de corrientes humanas, luces, colores y ruidos ensordecedores desde la impresión y el aturdimiento. La experiencia de shock se produce en paseos y andanzas próximas a la idea de *flâneur*, así como también fascinación por realidades que desconoce (como el mundo cultural afroamericano) y al que se enfrenta a veces con curiosidad ingenua y otras con la premura del periodista que escribe por encargo y con urgencia. Algo de él se resiste a ser envuelto por la velocidad y aceleración de la gran urbe: “el ritmo lento de Chile, consecuencia del clima, es algo difícil de expulsar” (87). El adormecimiento físico y espiritual del chileno poco a poco se irá desvaneciendo. El

poeta tomará parte de ese “ritmo febril” (88) que le impone Nueva York, hasta volverse un muñeco o fantasma entre la multitud, llevar una corona de soledad entre millones y sentirse “alegremente aturdido” (88).

Rosamel del Valle necesita leer y conocer para escribir. La experiencia está mediada, lo que ve le recuerda lecturas, el cine mudo, canciones. Esto también lo reconecta con Chile: “¡Oh, tiempos del Teatro Arturo Prat, del Avenida Matta, del American Cinema!” (17). Nueva York es un lugar donde se desarticula lo público, principal diferencia con Chile y Latinoamérica. En el espacio moderno no hay colectivo, solo individuos que transitan sin sentido. Dice el poeta: “yo me aturdo y soy el viajero solitario que abre su saco de melancolía en la noche” (29). Otra manera de recorrer el espacio es mediante la evocación: “a veces mi sueño nostálgico es también la evocación” (71). Mediante paseos imaginarios, Del Valle conecta sus lecturas y recuerdos con la escenografía que le ofrece la ciudad: un joven Whitman paseando por Brooklyn, Poe viviendo en Greenwich Village. Rosamel los invoca y los poetas aparecen para él.

El autor se maravilla, pero también evidencia el lado B de este mundo, la miseria detrás o fuera de las cámaras: “yo he tenido que dejar de lado el encanto para ver esa terrible oscuridad” (19). Las ensoñaciones literarias, el “orden mágico” de sus emociones, se van apagando por la realidad y debe arrastrarse a ese “ritmo endemoniado” (24) y sin sentido de la ciudad, pero sin dejar su “andar de sudamericano”. Otra velocidad, otro ritmo, otra voz que no encaja con ese “pueblo soberanamente infantil y adulto a la vez, que es el norteamericano” (39). Norteamérica es un lugar en el que no se piensa, eso queda para la casa. El sujeto sudamericano que hay en él desprecia esa “vida sistemática” (86), ese pueblo “tan mecanizado” (89) y hasta poco espiritual.

El poeta adopta la voz del cronista que se maravilla. Mediante la nomenclatura de la creencia, Del Valle pone todo lo que ve en clave de encanto o hechizo: “la magia de la multitud” (27), “humareda infernal”, “molino de fuego de Manhattan” (28). Como hicieron los cronistas de Indias con América Latina, Rosamel exotiza lo que ve. Se resiste a lo moderno comprendiendo todo desde un halo de misticismo. Con la fórmula “he visto” evoca desde sí, como primera fuente, lo que es este “nuevo” mundo, nos lo presenta con novedad y extrañeza, con distancia crítica, no del todo encantado, pero sí arrastrado por una fuerza que no parece de este mundo hacia él.

El encuentro con el otro se da a veces desde la curiosidad e ingenuidad justamente porque desconoce. Pero también empatiza porque se asume otro también. En “Canción negra en Harlem” dice: “el negro no mira con buenos ojos a los blancos que visitan su barrio... es la vuelta de mano a la actitud blanca” (99). Se posiciona y ya no solo muestra, sino hace juicios. Él mismo se asume menos blanco que sus acompañantes. Destaca la alegría del lugar, “nada de gozos contenidos. Las palabras saltan sueltas, vivas, estridentes, en libertad” (100). Le preocupa la situación del mundo afroamericano. Celebra a Richard Wright, Langston Hughes, Paul Robeson, Aimé Césaire; y se pregunta si acaso sus compatriotas conocen Harlem, si han visto o han cruzado una mirada ahí, poniendo énfasis en los problemas de clase y raza que operan dentro de sus mismos círculos.

En otra crónica, pide que lo dejen solo en el parque con las ardillas domesticadas, “pequeños relámpagos grises” (47), que son algo nuevo para él. En esta línea, es interesante cómo el autor lo que no conoce lo codifica en chileno. Chileniza, expresiones mediante, lo que no entra en su sistema de conocimiento. Los nombres de los tranvías (reflexión a partir de *Un tranvía llamado deseo* de Tennessee Williams) los asocia a las “góndolas” chilenas, “nombres como La Catita, La María, El Pobre Pollo” (105). Completa información con las herramientas que le permite el formato periodístico, aforismos, fraseo, expresiones coloquiales, la lengua natal se despliega en territorio ajeno para comprenderlo. En el Día de San Patricio, por ejemplo, las personas “parecían una gran copa de menta desbordada” (34). Consciente de esto, señala, “otras veces cometo la torpeza de comparar” (47), siempre evocando, angustiándose (49).

Por último, un punto destacable de las crónicas es la socialización y las tramas afectivas de su visita, el homenaje escritural a amigos y conocidos que lo acompañan física o emocionalmente en su viaje. Esta red cooperativa de amigos le permite poder desenvolverse en la ciudad y sostener sus días. Por otro lado, imagina poder encontrarse con sus amigos chilenos en el Times Square, nostalgia y evocación de los suyos. Esta dimensión humana se traduce también en un lenguaje cercano, que se dirige a los lectores con la proximidad de amigos o compañeros. Muchos textos inician con la frase de otro, el comentario sobre la primavera de Humberto Díaz Casanueva o sobre la multitud de Magda Arce. En este diálogo improvisado surge la conversación, el intercambio. El otro es el motor de arranque de la crónica y, además, de la nostalgia. Estos textos son saludos, cartas, recomendaciones, forma de contacto con su Chile y con los amigos que anhela. Son también una manera de mostrarles el mundo, la novedad, y de decirles que él está bien y que quedarse en Chile tampoco está tan mal.

Gastón Carrasco Aguilar
gcarrasco@uft.cl
Universidad Finis Terrae